

EROS Y LOGOS EN NIEBLA DE MIGUEL DE UNAMUNO

Por más de 2.000 años o más el hombre ha sido subyugado por un esfuerzo sistemático de la sociedad en que vive. La disciplina paternal, la denuncia religiosa de los placeres sensuales, y la exaltación filosófica de la vida racional, han reducido al hombre a un ser «pasivo», pero clandestinamente, en el subconsciente, no convencido... En su infancia probó de la fruta del árbol de la vida, y desde entonces, jamás la ha podido olvidar. Así es que a pesar de todo, el hombre sigue siendo todavía un ser que vive para el placer.

¿Qué es, entonces, lo que obliga al hombre (en este trabajo a Augusto Pérez) a adaptarse a la mayoría de las situaciones vitales con que se enfrenta (tales como el amor, propensión a destruir, sadismo, masoquismo, apetito de poder, indiferencia, deseo de grandeza, goce de los placeres sensuales y miedo a la sensualidad), y cuáles son los límites de su adaptabilidad? Según Freud, Eros no es, o no debiera ser algo para ser sublimado o purificado a favor de las normas sociales y de una cultura heredada, sino un principio de placer con sus propias metas: el continuo refinamiento del cuerpo, la intensificación de receptividad y el desarrollo de su sensualidad. Si la orientación de la sociedad fuera tal, no tendría que imponer tanta represión a los instintos eróticos del hombre, y éste, por su parte, podría realizar sus necesidades tanto físicas como psíquicas: la necesidad de satisfacer los impulsos biológicos y la necesidad de evitar el aislamiento y la soledad moral. Sin embargo, cuando los instintos eróticos parecen militar contra los factores estabilizadores de la sociedad —por ejemplo contra la familia— Eros es considerado el enemigo del hombre. Así lo proclama Unamuno mismo en su ensayo, «Sobre la lujuria», dice: «¡Desgraciados los pueblos en que florece la lujuria! Serán, al cabo, subyugados irremisiblemente por aquellos otros que, después de reproducirse normalmente, supieron reservar sus energías corporales y espirituales para fines más altos que el de dar satisfacción a la carne estúpida, para el altísimo fin de educar en libertad, en verdad y en nobleza a sus hijos»¹.

Las últimas consideraciones tienen una pertinencia inequívoca a Au-

¹ MIGUEL DE UNAMUNO: *Obras Completas*, Tomo IV, Ensayo II (Barcelona, Vergara, S. A., 1958), *Sobre la lujuria*, p. 474. Este autor repite el mismo sentimiento en su ensayo *Sobre la pornografía*, *Ibid.*, p. 481, dice: "Nadie me quitará mi fe de que sólo los pueblos morigerados son capaces de llenar un glorioso y noble papel

gusto Pérez, el protagonista de *Niebla*, porque es evidente, como se verá más adelante, que él se siente impulsado a probar su propia existencia en el mundo en que «vive».

Este trabajo, entonces, se propone un análisis psico-literario de los dos instintos básicos: Eros y Logos, la lucha entre el libido y la razón².

En esta «Nivola» es uno de los personajes quien primero presenta el tema de Eros. Víctor Goti, en el prólogo a la obra, defiende al autor de que haya escrito algo que se pueda llamar pornográfico. Dice, «Su repulsión a toda forma de pornografía es bien conocida por cuantos le conocen. Y no sólo por las corrientes razones morales, sino porque estraga la inteligencia. Los escritores pornográficos, o simplemente eróticos, le parecen los menos inteligentes, los más tontos, en fin»³.

«Al aparecer Augusto a la puerta de su casa extendió el brazo derecho, con la mano palma abajo y abierta, y dirigiendo los ojos al cielo quedóse un momento parado en esta actitud estatuaría y augusta» (p. 27). Así comienza la narración de su obra *Niebla*, Miguel de Unamuno, quizá con intención irónica, personificando a Augusto como persona que infunde gran respeto por su majestad y excelencia, por su actitud estatuaría y augusta. Pero en seguida nos damos cuenta que él no es un Augusto, sino más bien un Pérez, hombre sin ninguna meta, sin dirección aparente, y aún sin poder decidir qué hacer, «y ahora, ¿hacia dónde voy?, ¿ tiro a la derecha o a la izquierda?» (p. 27). Es indeciso, reprime el hecho de tener que expresarse en el mundo externo.

Cuando sí camina es detrás de una mujer, de una garrida moza, y no detrás de un perro como se había propuesto. Muy temprano en la obra vemos una tímida exteriorización de su *Id*, porque sigue a esta atractiva moza sin verdaderamente darse cuenta de lo que hacía. «Y se detuvo a la puerta de una casa donde había entrado la garrida moza que le llevaba imantado tras de sus ojos» (p. 28). Desde la primera salida de Augusto Pérez fuera de la casa maternal, lo vemos hipnotizado por la primera, hermosa moza que ve. Eros dominante desde un principio en la vida de

humano en la Historia, que sólo ellos pueden llevar a cabo obras de duradera civilización. La lujuria, el juego, la embriaguez, entontecen a los pueblos y acercan el hombre al bruto».

² El carácter psicológico de esta novela ya ha sido señalado por CARLOS BLANCO AGUINAGA: *El Unamuno contemplativo* (México, Fondo de cultura económica, 1959), pp. 129-130; RICARDO GULLÓN: *Autobiografías de Unamuno* (Madrid, Editorial Gredos, 1964), pp. 100-107; SEGUNDO SERRANO PONCELA: *El pensamiento de Unamuno* (México, Fondo de cultura económica, 1953), pp. 191-199, y otros, pero ninguno de ellos ha analizado toda obra desde el punto de vista de "Eros y Logos".

³ MIGUEL DE UNAMUNO: *Niebla* (Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1961), p. 13. Todas las demás citas de esta obra remiten a esta edición. Siete años antes de que se publicara esta obra, en 1907, ya había publicado dos ensayos sobre este tema: *Sobre la lujuria*, "La Nación", Buenos Aires (23 marzo 1907) y *Sobre la pornografía*, *Ibid.* (9 noviembre 1907).

Augusto. Al entrar la muchacha a su casa, Augusto le hace una serie de preguntas a la portera. De ella se entera de que la ilusión de sus deseos se llama Eugenia. Ahora en uno de sus primeros monólogos, dejándose llevar por sus sentimientos subconscientes (su libido desbordado), dice, «No me acostumbro a eso de que se llame Domingo... No; he de hacerle cambiar el apellido y que se llame Dominga. Pero, y nuestros hijos varones, ¿habrán de llevar por segundo apellido el de Dominga? Y como han de suprimir el mío, este impertinente Pérez, dejándolo en una P., ¿se ha de llamar nuestro primogénito Augusto P. Dominga? Pero... ¿dónde me llevas loca fantasía?» (p. 30). Por esta última cita sabemos que le molesta el hecho de ser un don nadie, un Pérez, que quisiera ser el padre de un hijo, aunque se llame Augusto P. Dominga, aunque sea más el hijo de la madre que del padre, del Pérez.

De regreso a su casa trata de recordar la figura de Eugenia, sin embargo, puesto que apenas la vio (físicamente es decir), tuvo que imaginársela. Sacarla del fondo de sí, de los deseos tanto tiempo reprimidos. De esto dice Freud que sólo un deseo puede poner en marcha la psiquis del hombre⁴. A nuestro «protagonista», el que tan a su gusto había existido todos los años de su vida, una moza es la que lo despierta de ese mundo de deseos reprimidos. Para él no importa que su Eugenia sea, según admite en su monólogo, «¡Mi Eugenia, sí la mía —iba diciéndose—, ésta que me estoy forjando a solas, y no la otra, no la de carne y hueso, no la que vi cruzar por la puerta de mi casa, aparición fortuita, no la de la portera» (p. 31).

William Blake, hablando de la esencia fundamental del hombre dice, «Energy is the only life and is from the Body... Energy is Eternal Delight»⁵. Así es como se ve en Augusto esta nueva energía (nueva para él porque siempre la había tenido sojuzgada en el subconsciente) que le da una meta vital. Augusto lo proclama como sigue: «¡Gracias a Dios —se decía camino de la avenida de la Alameda—, gracias a Dios que sé a dónde voy y que tengo a dónde ir! Esta mi Eugenia es una bendición de Dios. Ya ha dado una finalidad, un hito de término a mis vagabundeos callejeros. Ya tengo casa que rondar; ya tengo una portera confidente...» (p. 33). Pero en estos momentos todavía no se han proyectado sus deseos fuera de sí, porque en el mismo instante en que se decía lo último, se cruza con Eugenia sin darse cuenta de ello, tan ensimismado va con el Eros de su fantasía. Aquí todavía se presenta un Eros Narcisístico que aún no ha aprendido o no se ha atrevido a reflejarse hacia fuera⁶. Augus-

⁴ SIGMUND FREUD: *The Interpretation of Dreams*, tr. & ed., A. A. Brill (New York, The Modern Library, 1938), p. 510.

⁵ WILLIAM BLAKE: *The Marriage of Heaven and Hell* (Coral Gables, Florida, University of Miami Press, 1963), p. 4.

⁶ Según Freud, la meta de Eros debiera ser la unión con el objeto deseado fuera del ser, pero no por eso deja de ser esencialmente narcisístico. Y es así, dice,

to, en otras palabras, primero se ama a sí mismo (se da cuenta de su propia existencia), antes de dirigir ese amor hacia fuera, hacia el objeto deseado. Es el «Ego» humano el que lleva adelante la búsqueda de un mundo que amar: o mejor dicho, este proyecto en el subconsciente del «Ego» guía la conciencia del hombre en su búsqueda inquieta de un proyecto vital, de algo que le haga cumplir su vida. Así es el temprano amor de Augusto, egoístico, dice, «¡Enamorado yo! ¡Yo enamorado! ¡Quién había de decirlo!... Pero ¿tendrá razón Víctor? ¿Seré un enamorado *ab initio*? Tal vez mi amor ha precedido a su objeto. Es más, es este amor el que lo ha suscitado, el que lo ha extraído de la niebla de la creación» (p. 37). Poco antes de la última cita, su amigo Víctor le había explicado el nuevo amor a Augusto, como sigue, «—Naturalmente, tú estás enamorado *ab origine*, desde que naciste; tienes un amorío innato» (p. 36). Tomando en cuenta esto ahora podemos entender mejor los dos endecasílabos que lleva Augusto en su cartera que dicen, «De la cuna nos viene la tristeza / Y también de la cuna la alegría...» (p. 30). En las teorías psicoanalíticas, la dualidad que acosa las interacciones humanas con el mundo externo, brotan no de las relaciones sujeto-objeto, sino de los instintos dualísticos dentro del sujeto mismo, ya sea la tristeza o la alegría del endecasílabo; sí, no; yin, yang; el amor o el odio, la vida o la muerte. Por eso dice Augusto que lo único que se necesita para amar es vislumbrarlo, y añade, «la vislumbro; he aquí la intuición amorosa, la vislumbro en la niebla. Luego viene el precisarse, la visión perfecta, el resolverse la niebla en gotas de agua o en granizo, o en nieve, o en piedra» (p. 37). Por eso tampoco importa que en el momento próximo ni siquiera se dé cuenta, por segunda vez, en Eugenia que pasa a su lado.

Así, el próximo día se entrega un poco más a los brazos de Eros, de quien dice, «La esencia del mundo es musical... Toda ley es una ley de ritmo, y el ritmo es el amor. He aquí que la divina mañana, virginidad del día, me trae un descubrimiento: el amor es el ritmo» (p. 41). Y poco más adelante añade que el amor es verdaderamente la fuerza vital del hombre, que, «¡hay que vivir para amar! Sí, ¡y hay que amar para vivir!»⁷ (p. 41).

Sin embargo, antes de que se crea que Augusto es ya el hijo del amor, debiéramos recordar lo que dijo antes, y es, «*Nihil volitum quin prae-*

porque el hombre generalmente busca a alguien para amar que sea como él. Cf. FREUD: *The Ego and the Id*, tr. Joan Riviere, ed. James Strachey (New York, W. W. Norton & Co., Inc., 1962), pp. 20, 36, y *Civilization and Its Discontents*, tr. J. Riviere (London, Hogarth Press, 1930), pp. 12-13.

⁷ MIGUEL DE UNAMUNO en *Del Sentimiento trágico de la vida* (México, Editorial Azteca, S. A., 1961), p. 107, hablando de lo mismo dice: "El amor es hermano, hijo y a la vez padre de la muerte, que es su hermana, su madre y su hija. Y así es que hay en la hondura del amor una hondura de eterno desesperarse, de la cual brotan la esperanza y el consuelo. Porque de este amor carnal y primitivo de que vengo hablando, de este amor de todo el cuerpo con sus sentidos, que es el origen animal de la sociedad humana, de este enamoramiento surge el amor espiritual y doloroso".

cognitum, me enseñó el P. Zaramillo, pero yo he llegado a la conclusión contraria, y es que *nihil cognitum quin praevolitum*»⁸ (p. 37). De esta manera es como Augusto reprime a Eros, por el camino de la razón, y aunque diga, «El amor es un éxtasis; nos saca de nosotros mismos» (p. 42), sabemos que el suyo, en estos primeros momentos, es casi totalmente intelectual. ¿Por qué ese aparente temor a la vida, a los deseos naturales del hombre? La respuesta la da el autor mismo cuando le dice al lector que Augusto fue criado por su madre, y que de su padre apenas se acordaba, dice que poco después de la muerte de su padre, «su madre temblorosa de congoja, le aprechugaba a su seno, y con una letanía de ¡hijo mío!, ¡hijo mío!, ¡hijo mío!, le bautizaba en lágrimas de fuego. Y él lloró también, apretándose a su madre, y sin atreverse a volver la cara ni a apartarla de la dulce oscuridad de aquel regazo palpitante, por miedo a encontrarse con los ojos devoradores del Coco»⁹ (p. 42). Y así, completamente protegido por el regazo materno, termina sus estudios universitarios. «Su madre jamás se acostaba hasta que él lo hubiese hecho, y le dejaba con un beso en la cama. No pudo, pues, nunca trasnochar. Y era su madre lo primero que veía al despertarse. Y en la mesa, de lo que él no comía, tampoco ella» (p. 44). El ser consciente, dice Freud, es una esencia que se adopta a la circunstancia y a la cultura que lo rodea. En el caso de Augusto, ésta era su madre, bajo cuyo dominio nunca pudo trasnochar. El ser consciente, en este caso, no es gobernado por el «principio de placer» según Freud, sino por el «principio de ajustamiento a la realidad», al «principio de realidad»¹⁰. Así es como se explican los sueños, monólogos y fantasías de Augusto. Así es como se manifiestan los deseos reprimidos de éste. Tales manifestaciones del subconsciente, representan en un grado u otro un escape o enajenamiento de una realidad que Augusto encuentra insoportable. De otra parte, representan un regreso al «principio de placer»; son sustitutos por los placeres negados por la realidad. En este compromiso que hace Augusto entre el conflicto de la razón y el corazón, el placer deseado es reducido, o transformado a otro aspecto. Augusto, como se dijo antes, lo que hace es convertir sus deseos en fantasía, en la Eugenia, en, «ésta que he forjado sobre la visión fugitiva de aquellos ojos... esta Eugenia sí que ha de ser mía; la otra, la de la portera, de quien fuere!» (p. 34). A él no le interesa, o por lo menos así lo procla-

⁸ UNAMUNO en *Ibid.*, p. 109, dice lo mismo: "Invirtiendo el *nihil volitum quin praecognitum*, os dije que *nihil cognitum quin praevolitum*..."

⁹ BLANCO AGUINAGA: *Op. cit.*, p. 129, dice: "La memoria consciente y subconsciente de Augusto está llena de la presencia evocada de la ausente. En el nimbo de esta memoria intenta curarse de las heridas del amor, del fracaso en el mundo, de la angustia de no saber nunca quién es, de dónde viene, adónde va". GULLÓN: *Op. cit.*, p. 194, dice: "La relación entre Unamuno y su madre está sin estudiar, pero sabemos lo suficiente para atrevernos a considerarla decisiva en la formación del hombre y del escritor. Huérfano de padre desde los seis años, quedó sometido a la dulce y caso excluyente pasión maternal".

¹⁰ Cf. FREUD: *The Ego and the Id*, cit., pp. 18-37.

ma, la mujer de carne y hueso, la que pueda tocar, besar y abrazar. Bajo las condiciones de represión, bajo el dominio del «principio de realidad», Augusto ha reducido la busca de placer a un nivel intelectual. Bajo el dominio de su madre, cuando vivía, jamás pudo trasnochar. Después de la muerte de ella, continuó la misma vida, todavía sojuzgado por el recuerdo maternal, «si viviera mi madre, encontraría solución a esto —se dijo Augusto—...» (p. 44). Pero como eso ya no puede ser, él encuentra un sustituto para la madre, recoge a un perro recién nacido que alguien había abandonado. «Y Orfeo fue en adelante el confidente de sus soliloquios, el que recibió los secretos de su amor a Eugenia. 'Mira, Orfeo —le decía silenciosamente—, tenemos que luchar. ¿Qué me aconsejas que haga? Si te hubiese conocido mi madre... Pero ya verás, cuando duermas en el regazo de Eugenia, bajo su mano tibia y dulce. Y ahora, ¿qué vamos a hacer, Orfeo?'» (p. 45). Para Augusto, Orfeo representa el mismo amor natural que existía entre la madre y el hijo¹¹. Y además, el regazo maternal es ahora sustituido por el de Eugenia. Aunque en este momento todavía sólo es un regazo inocente, para que duerma el perro, o el amor natural y no él mismo. Pero hay una gran diferencia entre el regazo maternal y el de Eugenia: entre ellos está el árbol de la fruta vital, está la presencia de un Eros sensual y otro natural. Por un lado está la inocencia natural representada por el regazo maternal y por el otro está el posible conocimiento sexual. Este, pues, será el conflicto de Augusto, la lucha entre su amor intelectual y el carnal. Entre el dominio de la madre, y el despertar ahora de los deseos carnales. Eugenia, la hermosa mujer que Augusto encuentra en la calle, que no es como su madre, que precipita la crisis, simboliza el despertar de la carne, la llegada inevitable de los apetitos sensuales (Eros), normales a muchachos aún más jóvenes que Augusto. Sin embargo, como se dijo antes, al principio Eugenia no es nada más que una imagen de su fantasía, de su libido primeramente proyectándose de una manera mística. El autor dedica todo el capítulo VII al segundo monólogo de Augusto con su nuevo confidente, el perro, y es allí donde se desarrolla aún más la crisis impulsada por la fuerza vital de Eros. Ahora, tratando de encontrar el origen de su propia esencia, pregunta, «¿De dónde ha brotado Eugenia? ¿Es ella una creación mía o soy creación suya yo? ¿O somos los dos crea-

¹¹ Así lo ve ALEXANDER A. PARKER en su trabajo *On the interpretation of "Niebla"*, que fue publicado en *Unamuno Creator and Creation*, ed. J. R. Barcia and M. A. Zeitlin (Los Angeles, University of California Press, 1967), p. 124. Parker dice: "In this loveless world, Orfeo is the symbol of 'brotherhood among men': he holds out the promise for Augusto of a reality beyond the mist of isolation. For reality to be established through human intercommunication, love must be faithful and true; and because he is a dog, Orfeo's love for his master is of this kind. Because he is a dog, his love is also natural: its just there, a part of him, not cerebral, not a subject for introspective analysis. Because he is a god, his love for his master is also innocent-not just because it is guileless, but because it is without passion, without unease, without taste of forbidden fruit. And because Orfeo is a dog, Augusto's love for him can be faithful, natural, and innocent".

ciones mutuas, ella de mí, yo de ella? ¿No es acaso todo creación de cada cosa y cada cosa creación de todo? Y ¿qué es creación?, ¿qué eres tú, Orfeo?, ¿qué soy yo?» (p. 50).

Aunque todavía no ha hablado con Eugenia, ahora ya va dejando de ser solamente algo de su fantasía, de su «Niebla». Ella comienza a ser algo que siente y que también comienza a sacarlo de la «Niebla» que lo había rodeado siempre, dice, «*Amo ergo sum!* Este amor, Orfeo, es como lluvia bienhechora en que se deshace y concreta la niebla de la existencia. Gracias al amor siento al alma de bulto, la toco. Empieza a dolerme en su cogollo mismo el alma, gracias al amor, Orfeo. Y el alma misma, ¿qué es sino amor, sino dolor encarnado?»¹² (p. 51).

Pero en este punto el Eros de Augusto todavía no es nada más que místico, nivel iluminativo, donde se entera de que sí hay otro amor distinto al maternal. Lo mismo le dice don Fermín, el tío de Eugenia a nuestro «enamorado». «El único conocimiento eficaz es el conocimiento *post nuptia*. Ya me has oído, esposa mía, lo que en lenguaje bíblico significa conocer. Y, créemelo, no hay más conocimiento sustancial y esencial que ese, el conocimiento penetrante...» (p. 51). Nosotros diríamos, el conocimiento no sólo de los pensamientos, de psiquis, sino también del ver y el sentir. Hasta estos últimos días Augusto había sido lo que su madre hizo de él reprimiendo todo lo que se refiera al mundo de Eros; la fisiología le causaba horror a esa «santa» mujer, y le decía a su hijo, «Todo esto es muy feo, hijo mío... no estudies para médico. Lo mejor es no saber cómo se tienen las cosas de dentro» (pp. 43-44). Sistemáticamente, la madre hizo del hijo un hombre asexual¹³. Pero, hubo un día, estando él enfrente de la casa de Eugenia, y sin atreverse a entrar, de romper el dominio de Logos, que de repente cae a sus pies una jaula con un canario. «El pobre canario revoloteaba dentro de ella despavorido» (p. 46). El canario, simbólico de la libido enjaulado de Augusto, se recoge (recoge la jaula del canario) y decide subir, «Subió Augusto a la casa, con el canario agitándose en la jaula y el corazón en el pecho» (p. 46). Sube con Eros en el pecho, queriendo escaparse del encierro maternal que tanto ha dominado en su «vida». Ya dentro de la casa, momentáneamente, piensa huir, «pero el amor a Eugenia le contuvo» (p. 46). Es el despertar de Eros el que lo detiene. Ahora por fin, «empezaba a conocer el mundo. Y sin saber cómo, se puso a pensar en la profunda fuente de la confusión vulgar entre el pe-

¹² En relación a esto, UNAMUNO en *Del sentimiento trágico, op. cit.*, p. 107, dice: «Los amantes no llegan a amarse con dejación de sí mismos, con verdadera fusión de sus almas, y no ya de sus cuerpos, sino luego que el mazo poderoso del dolor ha triturado sus corazones remejiéndolos en un mismo almirez de pena».

¹³ GULLÓN: *Op. cit.*, pp. 100-101, afirma ésto cuando dice: «El amor maternal hizo su vida, le hizo (sí no le suplantó), y testimonios inequívocos dicen cómo la madre se apoderó de su corazón... La madre vivía para él; frágil y delicadamente astuta, le poseía entregándose. Entrega apasionada y total que, en correspondencia, exigía idéntica actitud en el niño, en el muchacho, en el hombre».

cado de la carne y la caída de nuestros primeros padres por haber probado del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal» (p. 56). Aquí comienza Augusto Pérez a verdaderamente humanizarse, a ser más imperfecto y menos lógico. Cada paso en su nueva existencia humana es temeroso para él porque significa siempre la renuncia a un estado seguro, que era relativamente conocido, por un estado nuevo y que todavía no domina. Él siempre había sido un hombre controlado por la razón y la memoria maternal, viviendo como el canario enjaulado, solo en la niebla. Por eso piensa ahora del episodio bíblico de Adán y Eva. Porque es sólo después de que Adán y Eva comieron del árbol de la ciencia del bien y del mal, después de que han desobedecido (no hay bien ni mal hasta tener la libertad de desobedecer) que se humanizan, emancipándose del estado original, de la armonía en que vivían con la naturaleza. Ahora, por primera vez, se dan cuenta de su desnudez y sienten vergüenza. Pero la vergüenza de Adán y Eva no es causada por su desnudez en sí, sino porque ahora se fijan en la diferencia entre los dos, en su sexo, y por primera vez, se sienten solos. En ese mismo momento adquieren conciencia de sí mismos, de su aislamiento, de su desamparo. Augusto, aparentemente, también ha cortado el cordón umbilical, separándose así del estado natural en que había vivido con su madre. Orfeo, en parte, sigue siendo una extensión del amor inocente, natural. Por eso, cada vez que se encuentra sin poder seguir en el mundo de Eros, lo primero que hace es ir a casa y confesarse con Orfeo. Pero en este momento él quisiera que Orfeo fuera más que perro, dice, «Hoy empezamos una nueva vida, Orfeo. ¿No sientes que el mundo es más grande, más puro el aire y más azul el cielo? ¡Ah, cuando la veas, Orfeo, cuando la conozcas!... ¡Entonces, sentirás la congoja de no ser más que perro como yo siento la de no ser más que hombre. Y dime, Orfeo, ¿cómo podéis conocer si no pecáis, si vuestro conocimiento no es pecado? El conocimiento que no es pecado no es tal conocimiento, no es racional» (p. 56). Ahora, con la llegada de Eros a su vida, puede ver más allá de la niebla, de la circunstancia continua en que existía. De este modo, trasciende el aislamiento de su existencia individual convirtiéndose en parte de alguien más grande que él, y siente su identidad en relación con el poder a que se ha sometido. Habiéndose alejado de la memoria maternal (aunque no completamente), ahora se da cuenta de todas las mujeres, dice, «¡cuánta mujer hermosa hay desde que conocí a Eugenia!» (p. 60). Ahora, también ve, por primera vez a Rosario, y la ve con los ojos de Eros, le dice, «hasta ahora no me había dado cuenta de que fueses tan guapa como eres...» (p. 68). Ya éste no es el amor inocente de antes, éste es el libido exteriorizándose por encima de su Ego, por encima del Super Ego (la madre). Hablando todavía con Rosario, a quien acaba de ver por primera vez como mujer físicamente bella, le dice, «Tú dirás que el señorito Augusto se ha vuelto loco, ¿no es así? Pues no, no es eso, ¡no! Es que lo ha estado hasta ahora, o mejor dicho, es que he estado hasta ahora

tonto del todo, perdido en una niebla, ciego... No hace sino muy poco tiempo que se me han abierto los ojos. Ya ves, tantas veces como has entrado en esta casa y te he mirado y no te había visto. Es, Rosario, como si no hubiese vivido, lo mismo que si no hubiese vivido. Estaba tonto, tonto...» (p. 68). Mejor loco que tonto, como dice Unamuno en su obra *Vida de Don Quijote y Sancho*, porque ahora en esa caótica pluralidad del mundo externo, también Augusto puede, aún siendo un Pérez, así como lo pudo Alonso Quijana, realizar lo imposible. Ahora, hasta sienta a Rosario en sus rodillas y la aprieta fuertemente a su pecho y le admite, sin que ella nada le pregunte, que, «así he vivido desde que murió mi madre, conmigo mismo, nada más que conmigo, es decir, dormido. Y no he sabido lo que es dormir juntamente, dormir dos un mismo sueño. ¡Dormir juntos!» (p. 69). Había vivido completamente aislado, enajenado, porque según él mismo, estaba tonto cuando debiera haber estado loco. Desde muy temprano en su vida guiado por el amor maternal, él había dejado a su «yo», a su Ego reprimido, olvidado, o sin desarrollar. No había dejado que su libido, el aspecto vital del cuerpo, asomase al exterior. La única realidad de que tenía experiencia el hijo-hombre era su propio cuerpo y sus necesidades fisiológicas. Aún no sentía el «yo» como independiente del «tú». Se hallaba aún en un estado de unión con el mundo, pero una unión anterior al despertar de su sentido de su individualidad y de su realidad. Pero ahora, momentáneamente, con Rosario, trata de liberarse de la prisión interna de su Dios Numénico¹⁴ y trata de alcanzar, tocar, sentir la circunstancia externa, trata de unirse de una manera u otra con algo o alguien, y así vencer su separación y dejar el mundo de soledad en que «vivía».

Pero, desgraciadamente, cuando Augusto lleva a cabo su primer acto de amor, cuando da de sí, cuando paga la deuda de Eugenia (paga su hipoteca), no es entendido por ella. Le dice, «—¡Si yo no he hecho esto para que usted, ligada por gratitud, acceda a tomarme por marido!... ¡Si yo renuncio a mi propia felicidad, mejor dicho, si mi felicidad consiste en que usted sea feliz con el marido que libremente escoja!...» (p. 72). Sin embargo, no es lo que dice lo que nos parece más importante, sino lo que deja de decir, por los puntos suspensivos podríamos decir que internamente él desearía ser el escogido para así poder, él y ella, dormir juntos el mismo sueño. El suyo es ya un sentimiento de coparticipación, de comunión, que permita el pleno despliegue de la actividad interna de sí. La nueva experiencia amorosa de Augusto ha eliminado, en parte, la necesidad de ilusiones¹⁵. Pero ahora, habiendo fracasado en su acción quijotes-

¹⁴ UNAMUNO mismo se declara contra la lógica en su obra: *Vida de Don Quijote y Sancho* (Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1966), p. 12, cuando dice: "En cuanto una cosa tiene razón de ser y ellos la conocen, perdió todo su valor la cosa. Para eso les sirve la lógica, la cochina lógica".

¹⁵ En este caso Augusto no es como Don Quijote, que según UNAMUNO: *Ibid.*,

ca, al contrario de este héroe, Augusto no sigue adelante, sino que se queda, por su momento, fuera de sí y después se echa a la calle sin meta dada, a errar a la ventura. Así entra en una iglesia y después de sentarse cierra los ojos y sueña: «volvió a soñar aquella casa dulce y tibia en que la luz entraba por entre las blancas flores... Volvió a ver a su madre, yendo y viniendo sin ruido, siempre de negro, con aquella su sonrisa que era poso de lágrimas. Y repasó su vida toda de hijo, cuando formaba parte de su madre y vivía a su amparo, y aquella muerte lenta, grave, dulce, indolorosa de la pobre señora, cuando se fue como un ave peregrina que emprende sin ruido el vuelo. Luego recordó o resoñó el encuentro de Orfeo, y al poco rato encontróse sumido en un estado de espíritu en que pasaban ante él, en cinematógrafo, las más extrañas visiones» (pp. 72-73). Ahora, en el subconsciente, quisiera poder regresar a aquella casa dulce y tibia, que en este caso sería el regazo maternal. Pero estos deseos de retroceder, serían tan dolorosos como sus primeros pasos hacia el mundo externo. Ya ha probado de la fruta del árbol del bien y del mal y por eso ya no podría permanecer en la situación dada de una adaptación pasiva a la naturaleza, en la niebla. Ya no puede vivir estáticamente porque sus nuevos conocimientos de sí mismo como un individuo separado de la madre lo impulsan a buscar un equilibrio, una armonía nueva que sustituya a la perdida armonía maternal.

En la iglesia se encuentra con Avito Carrascal y éste le aconseja a Augusto que se case. Después, queriendo olvidar todo, lo de la hipoteca, lo de Rosario, lo de don Avito, se va en busca de Víctor. Pero éste tampoco puede ayudarle en estos momentos, porque él mismo, el que tantos años había reprimido todo lo vital, viviendo él y su mujer mecánicamente, guiados completamente por el reloj, ahora después de más de once años de casados van a tener un niño. Víctor también le recomienda a Augusto que se case. Con todos estos pensamientos en mente llega Augusto a su casa donde, en seguida, es encontrado por Orfeo a quien le dice, «¡Comprar yo su cuerpo... su cuerpo...! ¡Si me sobra el mío, Orfeo, me sobra el mío! Lo que yo necesito es alma, alma, alma. Y un alma de fuego como la que irradiaba de los ojos de ella, de Eugenia» (p. 80). Lo que él necesita es el impulso vital de su líbido, algo que empuje su Ego hacia fuera y que haga de él un hombre con control de sí mismo, de toda su masculinidad. El mismo lo admite cuando dice que sólo una vez ha sentido su alma, «sólo le sentí resollar un poco cuando tuve aquí abrazada, sobre mis rodillas, a Rosario, a la pobre Rosario; cuando ella lloraba y lloraba yo. Aquellas lágrimas no podían salir de mi cuerpo; salían de mi alma» (p. 80). Esta es la única vez que se ha sentido hombre y que ha sentido como

p. 195: "El se había entregado a Dulcinea sin pretender que por eso se le entregase Dulcinea, y así su derrota en nada empañaba la hermosura de la dama. El la había hecho, cierto es, él la había hecho en pura fe, él la había creado con el fuego de su pasión; pero una vez creada, ella era ella y de ella recibía su vida él".

hombre, con la sensualidad de sus deseos tanto tiempo reprimidos. Por toda su vida él ha disimulado o enmascarado el deseo subyacente. Pero ahora al exteriorizar esos deseos, también reclama el derecho de vivir su propia vida. De esta manera, tomando en cuenta el pasado de este personaje, podemos entender de manera explícita, la vida actual del personaje, donde ya empieza a forjarse un futuro. Así que en torno de los incidentes de Augusto, de su historia interior, van saliendo una serie de imágenes en una secuencia coherente, de deseos, fijaciones, represiones, y sublimaciones. Por eso cuando ve a Rosario por segunda vez trata de disculparse por haberse portado como un hombre, o como él mismo dice, «aquello fue una locura... una locura... no sabía bien lo que me hacía ni lo que decía...» (p. 94). De lo que Augusto le dice a Rosario, quizás lo más importante sea otra vez lo que deja sin decir, lo que reprime. Y lo que él llama locura, diríamos nosotros que sí lo es, como lo es todo lo que tenga que ver con Eros, que no pregunta ni espera saber el porqué de todo¹⁶. Aunque Augusto sí pregunta a cada paso el porqué de cada acción suya, su corazón no miente lo que siente. Esta segunda vez vuelve a sentar a Rosario en sus brazos y ella, «le echó un brazo sobre el hombro, como para apoyarse en él, y volvió a ocultar su cara en el seno de Augusto. Y allí, como oyese el martilleo del corazón de éste, se alarmó» (p. 95). Ahora, gracias al amor ha descubierto el mundo externo a su niebla. Ahora ve a «tantas mujeres apetitosas, tantas...» (p. 100). Y es así porque tiene hambre, un hambre natural al hombre que había sido, sino desconocido para él, sí sublimado. Ahora hasta su criada le parece «apetitosa», sensual. Así la describe: «¡Esto es terrible, verdaderamente terrible! ¡Me parece que sin darme cuenta de ello me voy enamorando... hasta de Liduvina! ¡Pobre Domingo! Sin duda. Ella, a pesar de sus cincuenta años, aún está de buen ver, y sobre todo bien metida en carnes, y cuando alguna vez sale de la cocina con los brazos remangados y tan redondos... ¡vamos, que esto es una locura! ¡Y esa doble barbilla y los pliegues que se le hacen en el cuello! Esto es terrible, terrible, terrible...» (p. 116). Descripción verdaderamente erótica nos da aquí el autor, de esta mujer metida en carnes. Y en estos momentos, cuando se ve en peligro de probar o sólo de desear la fruta prohibida, no pudiendo recurrir a la madre, se dirige a Orfeo con estas palabras: «¿Cómo voy a defenderme de esto hasta que al fin me decida y me case?» (p. 116). Para defenderse de las sensaciones de Eros que lo poseen decide a estudiar a la mujer científicamente. Su primer sujeto es Rosario, pero cuando están solos y ésta comienza a besarle, él por su parte no puede dominarse, reprimir lo que siente como hombre. Unamuno nos dice, «y sin darse cuenta de lo que hacía, sorprendióse acariciando con las temblorosas manos las pantorrillas de Rosario» (p. 126).

¹⁶ Como se dijo antes (véase nota 19), este autor se declara enemigo de la razón.

Momentos después de haber despedido a Rosario, llama a la criada, a Liduvina, a quien ve «tan serena, tan rolliza, sonriéndole maliciosamente, fue tal y tan insólito el sentimiento que le invadió, que diciéndole: '¡Vete, vete, vete!', se salió a la calle. Es que temió un momento no poder contenerse y asaltar a Liduvina» (p. 127). Temiendo no poder controlar sus deseos sexuales, obra de la manera más fácil y más común para él, el escape, la represión. Así es que Augusto sigue siendo hombre en apariencias solamente porque todavía sigue huyendo de Eros, de los instintos. El cree que estudiando a la mujer llegaría a conocerla, y, por lo tanto, conocerse a sí mismo mejor. Pero él quiere conocer (en el sentido bíblico) sin tocar. No se da cuenta que él, como todo individuo, necesita que su vida sea compatible con las exigencias de la naturaleza y con las de la cultura. Sólo así se desarrollaría una viva unidad —la de un ser dotado a la vez de energía vital— Eros, y del saber —logos, en la cual se equilibraría esta contradicción en que vive Augusto. Pero Augusto quiere llegar a la esencia de las cosas por vía de la cultura, pero ésta al satisfacer la necesidad elemental, lo frustra en cuanto a los instintos, a los deseos reprimidos. Por eso, en uno de sus momentos más pacíficos con Eugenia, mientras ella tocaba el piano él escribió unos versos, cuyas últimas líneas ya anuncian su muerte, dicen:

Son tus ojos cual clavos encendidos
que mi cuerpo a mi espíritu sujetan,
que hacen que sueñe en mí febril la sangre
y que en carne convierten mis ideas.
¡Si esa luz de mi vida se apagara,
desuncidos espíritu y materia,
perderíame en brumas celestiales
y del profundo en la voraz tiniebla! (p. 134).

En estos versos Augusto admite que su vida fuera de la niebla ha sido posible por ella, por lo que Eugenia representa para él, el despertar de sus deseos y el exteriorizar de los mismos. Sin ella, la vida sería otra vez la niebla, la voraz tiniebla. Aquí se anticipa a sí mismo, anunciando su propia muerte. Pero antes de que esto pase, él tiene sus planes de matrimonio con Eugenia, lo que él ve como su salvación, como algo que lo saque para siempre de la niebla de su vida. Por eso ahora le tiene que decir a Orfeo que tendrá que echarlo de la casa. Ahora que se va a casar ya no habrá lugar para lo que Orfeo representa para él, el amor inocente, el amor maternal. Dice, «¡Qué pocos días te quedan ya de vivir conmigo! No te quiere ella en casa. Y ¿adónde voy a echarte? ¿Qué voy a hacer de tí? ¿Qué será de ti sin mí? Eres capaz de morirte. ¡Lo sé! Sólo un perro es capaz de morirse al verse sin amo. Y yo he sido más que tu amo, tu padre, tu dios! ¡No te quiere en casa; te echa de mi lado! ¿Es que tú, el símbolo de la fidelidad, le estorbabas en casa?» (p. 139).

Pero no se casa con Eugenia, en vez ésta lo deja y se va con Mauricio. Ahora ni Orfeo puede calmar la angustia que siente, ni aún los recuerdos de su madre. «Y recordaba a su madre. Se echó sobre la cama, mordió la almohada, no acertaba a decirse nada concreto, se le enmudeció el monólogo, sintió, sintió como si se la acorchase el alma y rompió a llorar. Y lloró, lloró, lloró. Y en el llanto silencioso se derretía el pensamiento» (p. 143). Sí, llora, quizá por primera vez en su vida, y es por ese dolor que se siente verdaderamente como un ser humano, el dolor le dijo a él (como se lo dijo a Máximo Manso de Galdós) que él era un hombre. Asimismo lo proclama Augusto, cuando hablando de su dolor dice, «Con esto creo haber nacido de veras. Y para sufrir, para morir», y Víctor lo reafirma como sigue, «Sí, el segundo nacimiento, el verdadero, es nacer por el dolor a la conciencia de la muerte incesante, de que estamos siempre muriendo»¹⁷ (p. 145). Pero este nuevo conocimiento es aún más aterrador para él que lo de antes. Por lo menos, antes estaba solo con la niebla, pero ahora también lo acompaña la muerte, la presencia constante del morir. Ahora puede ver el aspecto dualista de los instintos causantes del conflicto humano como el dualismo de la Vida (Eros) y la Muerte (Logos). Ahora también, se da cuenta de que la meta de toda la vida es la muerte y esto sugiere, por lo menos, al nivel biológico, que la vida y la muerte no están en conflicto, pero que son una y la misma cosa. Así, nosotros juntos con Augusto, podemos llegar a la idea de que la vida y la muerte tienen en el nivel orgánico, cierta unidad, que casi no existe al nivel humano. Al contrario, al nivel humano, la vida y la muerte están en conflicto, y la exteriorización del instinto de la muerte (como le pasa a Augusto en esta novela), es el modo de tratar de resolver un conflicto que no existe al nivel orgánico. Por lo tanto, la neurosis sigue siendo un privilegio humano. Tanto se preocupa el hombre por la muerte, que según Unamuno mismo: «¡Los hombres guardan o almacenan sus muertos, sin dejar que perros o cuervos los devoren! Y que quede lo único que todo animal, empezando por el hombre deja en el mundo: unos huesos. ¡Almacenan sus muertos! ¡Un animal que habla, que se viste y que almacena sus muertos! ¡Pobre hombre!»¹⁸. Hombres como Augusto se encuentran en un

¹⁷ Hablando de esto, UNAMUNO en *Del sentimiento trágico de la vida*, op. cit., p. 111, dice: "El dolor es el camino de la conciencia y es por él como los seres vivos llegan a tener conciencia de sí. Porque tener conciencia de sí mismo, tener personalidad, es saber y sentirse distinto de los demás seres, y a sentir esta distinción sólo se llega por el choque, por el dolor más o menos grande, por la sensación del propio límite".

¹⁸ *Niebla*, op. cit., p. 165. Este autor repite el mismo sentimiento en su obra *Del sentimiento trágico de la vida*, op. cit., p. 20, donde dice: "El gorila, el chimpancé, el orangután y sus congéneres deben de considerar como pobre animal enfermo al hombre, que hasta almacena sus muertos. ¿Para qué?" Y en la página 35 de la misma obra añade: "y cabe, en rigor, decir que lo que más al hombre destaca de los demás animales es lo que guarde, de una manera o de otra, sus muertos sin entregarlos al descuido de su madre la tierra todoparidora; es un animal guarda-muertos".

vuelo de escape de su propia muerte así como también de su propia sexualidad.

Aquí, Augusto ya no puede suprimir más sus instintos, no puede seguir siendo sólo un Pérez con el cuerpo de un hombre y nada más. Ahora se ve todo con más claridad. Desde la primera página de esta obra lo encontramos como un «ser» perdido, sin ningún dominio propio, aún sin saber hacia dónde dirigirse: «y ahora, ¿hacia dónde voy?, ¿tiro a la derecha o a la izquierda?... 'Esperaré a que pase un perro —se dijo— y tomaré la dirección inicial que él tome'» (p. 27). Hombres como Augusto, dice Erich Fromm, «tend not to assert themselves, not to do what they want, but to submit to the factual or alleged orders of these outside forces. Often they are quite incapable of experiencing the feeling 'I want' or 'I am'. Life, as a whole is felt by them as something overwhelmingly powerful, which they cannot master or control...»¹⁹. Augusto, habiendo fracasado en su esfuerzo de unirse con el mundo externo mediante a la sumisión a Eugenia, y también habiendo fracasado en su intento de vencer el aislamiento de su niebla, adquiriendo poder sobre ella, trascendiendo así su existencia individual mediante el dominio propio, quisiera ahora poder escaparse de sí mismo de otra manera. Por el dolor, como se dijo antes, Augusto ya sabe que es, y como le dice Víctor, «Y, figúrate, eso equivale a decir que ser es pensar y lo que no piensa no es» (p. 147). Augusto se siente impulsado por el apremio de trascender el papel de criatura y la accidentalidad y pasividad de su «existencia» haciéndose su propio «creador». Pero ya sólo le queda una posibilidad de ser creador y es como le aconseja Víctor, «—Pues no pienses, Augusto, no pienses. Y si te empeñas en pensar... —¿Qué? —¡Devórate!» (p. 147). Ya que Augusto no pudo seguir los primeros consejos de Víctor de casarse y tener hijos y así trascenderse a sí mismo por el amor, ahora sólo le queda la última solución dada por Víctor; si no puede crear vida, puede destruirla. Destruir la vida también es trascenderla. Devórate, le dijo Víctor y así después nos dice el autor que, «aquella tempestad del alma de Augusto terminó, como en terrible calma, en decisión de suicidarse. Quería acabar consigo mismo, que era la fuente de sus desdichas propias» (p. 147). Pero ni siquiera este acto de creación, es decir, el de destruirse a sí mismo, puede llevar a cabo (como personaje masoquista) sin primero consultarlo con el autor mismo, con Miguel de Unamuno. Y no podrá suicidarse porque como le dice Unamuno primero se necesita estar vivo, y él no está ni vivo, ni muerto, ya no existe²⁰.

¹⁹ ERICH FROMM: *Escape from freedom* (New York, Holt, Rinehard and Winston, 1968), p. 142.

²⁰ Hablando de la muerte humana, FERRATER MORA: *Op. cit.*, p. 203, dice: "To live, then, basically boils down to reminiscing about things past. When even the image of the past projected toward the future fades man has nothing left but his organic existence. When this happens, man ceases to be a man; he is then only a member of a biological species. At this point, then, he dies as a man... The man

Después de su melancólica visita con el autor de esta obra, Augusto regresa a casa donde una vez más, aunque sea por última vez, siente, tiene ganas de comer. Le vuelve el instinto de preservación, por lo menos físicamente, dice, «que me traigas ahora..., ¿qué sé yo?... jamón en dulce, fiambres, foie-gras, lo que haya... ¡Siento un apetito voraz!» (p. 156). Come ferozmente porque su cuerpo se defiende del morir, de la muerte biológica, dice, «... sí, sí, es el cuerpo que se defiende. El alma, al enterarse de que va a morir, se entristece o se exalta; pero el cuerpo, si es un cuerpo sano, entra en apetito furioso» (p. 156).

La angustia que siente al verse solo, abandonado por su madre (el amor maternal), por Eugenia y Rosario (Eros), lo llevan ahora al extremo de comer. Vemos que ahora hay una íntima relación entre la angustia que siente Augusto y el instinto o deseo de morir. Augusto vivió una vida sana y salva, mientras vivía solo, todavía atado al cordón umbilical a través de sus memorias. Pero un día, al despertar de Eros, su libido se desborda y se rompe el cordón. Es ahora cuando Augusto siente una intensa separación e individualidad más fuerte que antes, y además, siente la presencia de la muerte más que nunca. Cuando es abandonado por Eugenia y Rosario sufre un trauma, porque ahora en su mente, ha sido abandonado por Eros también. El resultado de su inhabilidad de aceptar esta segunda separación lo lleva al punto de erotizar a la muerte, de activar un deseo mórbido de morir, un deseo de regresar al estado prenatal, antes de la vida (y con ella la separación, el aislamiento, la niebla) al vientre maternal. Podríamos decir de Augusto, como dice Blanco Aguinaga de Unamuno, que busca, «regazo para perder la conciencia»²¹. Por eso, en preparación para morir le dice a su criado, «y desnúdame del todo, del todo; déjame como mi madre me parió, como nací...» (p. 158). Y así como se lo propuso Víctor, así le pasó a Augusto, se devoró, o como dice su criada, «Lo de mi señorito ha sido un suicidio y nada más que un suicidio. ¡Se salió con la suya!» (p. 160). Murió porque él mismo dejó de querer ser, dejó de pensar. Erich Fromm dice, hablando de hombres como Augusto, que, «la vida del hombre está determinada por la alternativa inevitable entre retroceso y progreso, entre el regreso de la existencia humana. Todo intento de retroceder es doloroso, y conduce inevitablemente al sufrimiento y a la enfermedad mental, a la muerte fisiológica o a la muerte

contemplating suicide, who sees his future as completely devoid of any and all possibilities —who had no future at all, and no longer finds any meaning in his life, or even in his death— does not really need to carry out the final and supreme act: he is already dead before perishing”. Este, inequívocamente, es el caso de Augusto Pérez cuando va a ver al autor con sus planes de suicidarse. Ya va muerto.

²¹ BLANCO AGUINAGA: *Op. cit.*, p. 213. Este mismo autor dice, en la última página citada y la que sigue, que: “La naturaleza callada e ‘inmóvil’ es, también, como el regazo de la madre, vía para escapar de la guerra hacia los abismos de la inconsciencia en cuyo fondo Unamuno entrega su personalidad a ‘lo otro’, al Todo sin nombre específico, o a Dios o a la Nada. Es la naturaleza ‘abismo místico’ en el cual más de una vez, dejó Unamuno hundirse su voluntad y su conciencia”.

mental (locura)»²². Augusto optó por la muerte fisiológica, porque ya no le bastaba sólo el existir en la niebla. En esto Augusto, el hijo del creador o si se quiere el creador del autor, no se fijó en lo que Unamuno dijo unos nueve años antes en su *Vida de Don Quijote y Sancho*, donde dice, «Y en cuanto a hoy, todos esos miserables están muy satisfechos porque hoy existen, y con existir les basta... Pero ¿existen? ¿Existen en verdad? Yo creo que no; pues si existieran, si existieran de verdad sufrirían de existir y no se contentarían con ello. Si real y verdaderamente existieran en el tiempo y el espacio, sufrirían de no ser en lo eterno y lo infinito. Y ese sufrimiento... este divino sufrimiento les haría romper todos esos menguados recuerdos a sus menguadas esperanzas, la ilusión de su pasado a la ilusión de su porvenir»²³.

En conclusión, podrías decir que si hay alguna manera de escaparse de los grillos de represión, culpabilidad y agresión, no es por el camino de la sublimación, sino por otra alternativa. La respuesta la dará el lenguaje del mito. La psiquis, que no soporta desconocer el rostro de su esposo, cede al apremio de su esposo, cede al apremio de su curiosidad y por fin se inclina sobre el cuerpo dormido de Eros. Si Psiquis no se inclinara hacia Eros, sería desterrada al yermo reino de la muerte, condenada a pruebas infinitas, y sobre todo a la separación (la niebla). Pero el mito termina con una reconciliación entre Psiquis y Eros. Psiquis es perdonada porque no ha dejado de amar. El secreto sería, entonces, no el de adorar a Apolo, el Dios de la razón, de la forma racional en el pensamiento, de la forma civilizada en la vida, que es la negación de los instintos, sino a Dionisus, el Dios de la libertad corporal, de la vida completa e inmediata²⁴. Augusto, desgraciadamente sí deja de amar a otros, y peor aún, de amarse a sí mismo.

PORFIRIO SÁNCHEZ

California State College
Dominguez Hills

²² ERICH FROMM: *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea* (México, Fondo de cultura económica, 1956), pp. 30-31.

²³ UNAMUNO: *Vida de Don Quijote y Sancho*, op. cit., p. 12. En *Del sentimiento trágico de la vida*, op. cit., repite este sentimiento, dice: "El que sufre vive, y el que vive sufriendo ama y espera, aunque a la puerta de su mansión le pongan el '¡Dejad toda esperanza!', y es mejor vivir en dolor que no dejar de ser en paz", p. 37.

²⁴ Así visto por FRIEDRICH NIETZSCHE en *The Birth of Tragedy*, tr. Francis Golfing (New York, Doubleday & Company, Inc., 1956), p. 19.